

Una versión inédita del Libro de Job.

En un docto artículo que el benedictino P. Plaine escribió sobre las versiones españolas de la Biblia en el Diccionario bíblico de Vigouroux, consignaba (1) que en posesión de D. Marcelino Menéndez y Pelayo existía por entonces (1897) una traducción inédita del Libro de Job, elaborada directamente del texto hebreo por el Dr. D. Francisco Javier Caminero.

Acudí, guiado por esta indicación, a la «Biblioteca de Menéndez y Pelayo» en Santander, y me encontré allí, satisfechas mis esperanzas, con una traducción de relevante mérito, anotada, y precedida de una extensa y magistral introducción crítica al Libro de Job—todo ello preparado para darlo a la imprenta—, y con una advertencia preliminar, por añadidura, donde se trazaba una magnífica semblanza literaria del traductor nada menos que por la pluma insuperable de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Esa inédita versión es la que ahora me propongo dar sucintamente a conocer.

Recomendación de ella es desde luego la persona de su autor, el escritor más insigne que tuvo España en el pasado siglo. Los elogios que del modesto y ejemplar sacerdote palentino D. Francisco Javier Caminero, muerto electo Obispo de León, en 1885, tejieron sus contemporáneos, pudieran a primera vista parecer hiperbólicos, si para comprobarlos no contáramos con un testimonio mayor de toda excepción: las numerosas y sabias publicaciones de aquel varón esclarecido.

Cuando en 1881 fué incorporado en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, escribía así *La Ciencia Cristiana*: «Un sacerdote doctísimo, erudito, de entendimiento prepotente, profundamente versado en Teología, Filosofía y Sagradas Letras, de gran competencia en los estudios físicos y químicos, autor de un *Manuale Isagogicum in Sacra Biblia*, libro suficiente él solo para formar la reputación de un hombre, polemista y publicista católico de talla nada común, pero más modesto y humilde aún que sabio, el Sr. D. F. Caminero, empleado de la Biblioteca Nacional,

(1) Vigouroux, *Dictionnaire de la Bible*. Tom. II, París 1899, col. 1964.

leyó su discurso de entrada en aquella Academia (1)». El, por su parte, encabezaba aquel discurso con estas frases de cristiana modestia: «Humilde sacerdote, oscuro polemista católico, conocido apenas de reducidísimo número de lectores, sin asomos de ingenio ni de ciencia, ¿cómo soñar siquiera en que tan docta corporación había de llamarme a su seno, buscándome en el oscuro rincón de la Biblioteca Nacional, donde paso mis días apacentando mi afición a los libros y al trabajo, única recomendable cualidad que acaso podáis reconocerme sin exceso de benevolencia?».

Con grandes encomios le menciona repetidas veces Menéndez y Pelayo en la *Historia de los heterodoxos españoles*, como cuando recuerda «el riquísimo *Manuale Isagogicum* del Sr. Caminero, docta y hábil condensación de los más recientes estudios bíblicos... obra mucho más apreciada fuera de España que entre nosotros, e inmensamente superior a la *Hermeneutica* de Janssens» (2); y cuando añade que: «Los estudios exegéticos y escriturarios no tienen entre nosotros más que un cultivador, que yo sepa: el Sr. D. Francisco Javier Caminero, gloria altísima del clero español. Ya queda mencionado su *Manuale Isagogicum*; ahora debe agregarse su importantísimo estudio sobre el libro de Daniel, y el prólogo a la traducción del libro de Job, hecha directamente de la verdad hebraica. En uno y otro, el Sr. Caminero rompe lanzas con Renán, considerándole como el vulgarizador más extendido de las conclusiones de la escuela de Tubinga. Pero la obra más sabia, profunda y transcendental del Sr. Caminero, es sin duda su hermoso libro de *La Divinidad de Jesucristo ante las escuelas racionalistas* (1878), uno de los pocos frutos de la cultura española, que podemos presentar sin vergüenza a los extraños. Hoy es, y quizá España ignora todavía que de su seno ha salido, la mejor impugnación del libro de Albert Réville sobre la Divinidad de Jesús, y de sus opiniones contra la autenticidad del cuarto Evangelio» (3).

Pero muy más detenida y entusiásticamente enaltece a Caminero el mismo Menéndez Pelayo en la inédita semblanza arriba mencionada, de la que entresaco los siguientes párrafos: «El género de estudios en que aquel sabio varón ejercitó la mayor parte de su vida, no era de los que

(1) Vol. XVII (1881), pág. 69.

(2) *Historia de los heterodoxos españoles*, tomo III, Madrid, 1881, página 757.

(3) Ibid., pág. 829.

más fácilmente suelen llegar al conocimiento y estimación del vulgo, pero los doctos supieron darle todo su precio y reconocer que nadie en España ha comprendido tan exactamente como el Dr. Caminero el verdadero carácter que conviene a la apologética contemporánea...

Dióse, pues, con especial ahinco a la adquisición de todos aquellos instrumentos de trabajo que hoy requiere el estado de las controversias religiosas, y concentró, principalmente, sus tareas en los dos campos de la filosofía y de la exégesis bíblica. En uno y otro concepto produjo obras verdaderamente memorables, pero todavía osaremos afirmar que era más escriturario y exégeta que filósofo. Es cierto que sus admirables cualidades de polemista no han sido sobrepujadas por ningún otro de nuestros escritores, y a ellas deben su mayor precio los excelentes libros que nos ha dejado sobre el Krausismo, el Materialismo y la Moral Utilitaria, que pudieran formar, juntos, un cuerpo de crítica filosófica, con el cual nada hallaríamos comparable en nuestra filosofía moderna después de los trabajos de Balmes...

...cuando en nuestros Seminarios corrían como texto, para las clases de Escritura, libros atrasados en más de treinta años, y que, si podían dar satisfactoria respuesta a las superficiales objeciones de la filosofía francesa del siglo pasado, eran de todo punto impotentes para resistir la nueva y más formidable invasión, emprendía el Dr. Caminero y felizmente llevaba a término en 1867 la composición de un *Manuale Isagogicum*, que condensaba, con singular precisión y método, las más adelantadas enseñanzas de la exégesis bíblica en las escuelas católicas de Alemania, de Francia y de Italia...

En esta forma (en revistas) publicó su magnífico *Estudio sobre el Evangelio de San Juan*, otro sobre la composición de los Evangelios sinópticos, y, finalmente, dos libros magistrales que, a no estar escritos en lengua tan poco leída, al presente, como la nuestra, correrían en manos de todos los católicos de Europa, con no menor estimación que los de Moehler, Ghiringhelli y monseñor Freppel. Estos libros son las *Conferencias sobre el Nuevo Testamento*; y *La Divinidad de Jesucristo en presencia de las escuelas racionalistas*, obra, esta última, destinada a rebatir las conclusiones del moderno arrianismo, unitarismo o *protestantismo liberal*, formuladas en un libro ruidoso de Alberto Réville.

A empresas todavía más arduas dedicó el Dr. Caminero los últimos años de su vida, en medio de las tenaces dolencias que del exceso de trabajo suelen nacer... [a la de] traducir directamente de la verdad hebrai-

ca el texto del Antiguo Testamento, ilustrándole con notas, comentarios y disertaciones de gran sabiduría, a tenor de los adelantos científicos modernos. Dejó traducida de esta suerte, aunque no dispuesta todavía para pasar a la imprenta, la mayor parte del *Pentateuco*, y dejó también, puestos en limpio... el *Estudio sobre el libro de Job* y el *Estudio sobre el de Daniel*...

La más absoluta sinceridad crítica, unida a la fe más ardiente, respira en cada página de estos trabajos, como respiraba en todas las palabras y acciones de su autor, que era un sacerdote ejemplar y un sabio de buena fe. Ni él necesitaba ahuecar la voz, para que una y otra cosa fuesen bien manifiestas, ni a un mérito tan sólido y tan positivo, y de una especie tan exquisita y tan rara, convendrían aquellos vanos encomios que la vulgaridad y la impostura han profanado, haciéndoles recaer sobre tantas frentes indignas... Fué (sin ofensa de nadie) el hombre de más varia y moderna cultura de que en su tiempo pudo gloriarse el clero español. Como controversista filosófico apenas tuvo rivales; como hebraizante fué uno de los tres o cuatro que en lo que va de siglo—*corría el año 1892*—han dado alguna muestra de que España no ha perdido todo derecho a ser llamada la patria de Alfonso de Zamora y de Arias Montano. Como exégeta es, quizá, el único español del siglo XIX de quien debe hacerse memoria.»

Y esto baste, tocante a la persona del autor. Viniendo ahora a su versión del *Libro de Job*, la mejor manera de juzgar de ella es la comparación con las otras versiones castellanas.

Como emanada directamente de la verdad hebraica, aventaja en esto a las de Scio y Torres Amat, trasladadas de la Vulgata latina; aparte de que en este libro, la de Torres Amat es diluida, parafrástica y alejada en demasía del sabor oriental del texto primigenio, e inferior en tal concepto a la misma de Scio, más concisa, y de gusto más semítico, aun a través de una doble versión.

De las hechas directamente del hebreo, tenemos la de los antiguos judíos españoles o ferrariense, árida y rígida, henchida de exóticos idiosismos y anárquicas locuciones, y a veces por completo enigmática.

Más suelta e inteligible, pero anticuada asimismo en fondo y forma, es la llamada *Biblia de la Casa de Alba*, puesta en romance por Rabi Mosé Arragel de Guadalfajara (1422-1433) y editada recientemente con regia esplendidez por el duque de Berwick y de Alba.

Todavía más utilizable, por la fluidez y tesoro de lenguaje, sería la de Casiodoro de Reina, ligeramente retocada por Cipriano de Valera; pero ni

sus autores pasaban de modestos hebraizantes, inhábiles para legarnos una traducción genuina de un libro como el de Job, ni el estado de los conocimientos de entonces consentiría que no hubiese hoy que modificarla en pasajes numerosos. La que propaga la Sociedad Bíblica, con el nombre de Valera, está en tal forma retocada, que ni desde el punto de vista científico, ni para el uso práctico puede recomendarse.

Réstanos otra versión por recordar, a la que va ligado el nombre inmortal de Fray Luis de León. Ciertamente que como hebraizante, como exégeta, como estilista, ¿quién como él pudo transmitirnos una traducción incomparable? Y con todo, la que del libro de Job nos dejó, cede en gran manera a la que elaboró sobre el Cantar de los Cantares. Porque a semejanza de ésta, posee aquélla cierto carácter híbrido, hecha, como está, sobre el hebreo en máxima parte, y en parte también sobre el latín, según que múltiples ejemplos y el testimonio del mismo autor lo patentizan. Extensa y convincentemente lo demuestra el Sr. Caminero en su Introducción; y así ahora me basta con consignar el hecho. Tampoco pasan en vano los siglos, ni sobre los estudios hebraicos, enriquecidos modernamente con las investigaciones de la filología comparada, ni sobre la lengua viviente del vulgo que hoy extraña vocablos y giros de una versión atendida estrictamente a la letra del hebreo.

Y estas son las traslaciones que se han impreso del libro de Job en lengua castellana. Un contemporáneo de Caminero, el conocido hebraísta D. Antonio García Blanco, emprendió también otra traducción directa del original, que hoy se guarda manuscrita en la misma Biblioteca de Menéndez y Pelayo; sólo alcanza hasta el capítulo 10. Pero eso que queda da muy suficientes indicios para apreciar lo que hubiera sido la obra terminada: un trabajo útil en puntos aislados para los eruditos, e inepto para ser saboreado y popularizarse entre el vulgo.

La versión del Dr. Caminero representa grande esfuerzo propio, atendidos los escasos subsidios con que para llevarla a feliz término contaba su autor. De las modernas traducciones sólo dos tenía a la vista, francesas, la de Le Hir y la de su discípulo Renán, que gozaban a la sazón de celebridad; elegantes ambas, aunque atildadas a veces en demasía al gusto académico de los franceses, con detrimento del vigor y colorido oriental. Utilizó también una traducción rabínica manuscrita de hacia el siglo XV, que le valió para afianzarse en puntos difíciles en su propia versión, en la cual procedía con entera independendencia y con gran miramiento y estudio, sobrepujando, por eso, en fidelidad a Le Hir y mucho más a Renán.

No se encuentran en ella las trasposiciones y pequeñas, pero innumerables, mudanzas que afean la versión alemana de Hontheim, egregia por otros conceptos (1); ni las dislocaciones y mutilaciones que desfiguran la ceñida y enérgica del racionalista Duhm (2); ni adolece tampoco de esa manía de cambiar y corregir, por conjeturas, el texto en cuanto se interpone grave dificultad; de lo cual suministra no escasos ejemplos la reciente versión inglesa de Driver y Gray en *The International Critical Commentary* (3).

Caminero, según que él mismo lo asevera, no propone traslación alguna que sea del todo nueva entre los doctos; antes, rarísima será, si alguna se halla, que no esté patrocinada por uno o varios filólogos de nota. Cosa, por lo demás, fácil de confrontar con sólo revolver dos comentarios: el latino de Knabenbauer (4) y el alemán de Dillmann (5), que recogen y discuten las principales opiniones emitidas por los precedentes intérpretes y hebraizantes.

A la versión acompañan múltiples notas, casi siempre filológicas, en que aduce o corrige el intérprete otras traducciones, sobre todo la de Renán. De otras dotes, que como la soltura, concisión, claridad y sobria elegancia saltan a la vista, no hay para qué detenerme a especificarlas. En vigor y vida, en fluidez, y, más que todo, en la conexión y enlace del pensamiento realizado por el hábil empleo de las partículas, del hipérbaton y de la selección de frases, todavía puede en varios puntos mejorarse. Pero ni esto lo alcanzará alguno sin perseverante labor, ni dejará nadie de admirar el caudal de trabajo propio y aspecto nuevo que presenta esta interpretación, la mejor, entretanto, que poseemos en nuestra lengua para saborear menos imperfectamente los primores del sagrado poema de Job.

Resta ilustrar con algunos ejemplos típicos lo expuesto, entresacados, para mayor unidad, de un mismo capítulo, el capítulo sexto de Job, omitiendo por innecesarios los deducidos de las traducciones de Scio y Amat.

La Ferrariense dice:

(1) Hontheim, *Das Buch Job*. Friburgo, 1901.

(2) Duhm, *Das Buch Hiob*. Tübinga, 1907.

(3) Driver and Gray, *A Critical and exegetical Commentary on the Book of Job*. Edimburgo 1921.

(4) Knabenbauer, *Commentarius in Librum Iob*. París, 1886.

(5) Dillmann, *Hiob* (en *Kurzgefasstes exegetisches Handbuch zum Alten Testament*). Leipzig, 1891.

«Y respondiò Yíob, y dixo. Oxala pesando fuesse pesada mi saña; y mi quebranto en balanças alçassen auna... ¿Si gime zebro sobre hermollo? ¿si brama buey sobre su pesebre? ¿Si se come enxabido sin sal? ¿si ay sabor en clara de hueuo? No quiso por tocar mi alma; ellos como dolores de mi carne. ¡Quien diesse viniesse mi de manda! ¡y mi esperança diesse el Dio! ¡Y envoluntasse el Dio y majassemel! ¡soltasse su mano y despedaçassemel! Y sería mas mi conhorto, y assóme con dolor, no apiadó; porque no negué dichos de sancto» (vv. 1. 2. 5-10) (1).

La Biblia de la Casa de Alba traslada así:

«Respondio Iob e dixo:

Sy pesada fuese la mi yra e saña e el mi quebranto a pesar en balanças todo iunto lo pusiesen, syn dubda que más que arena del mar pesaria, por lo qual las mis palabras de dolor son llenas.

(Jer.^o—*Sy pesados fuesen los mis pecados por los cuales yo meresci yra.*)

Que las saetas del poderoso Dios conmigo son, e la su poçoña dellas beue el mi spiritu, e las turbaciones del Señor me ordenan.

Nunca rugue el zebro yerua fallando, nin muylla el buey sobrel çebo que tiene en su pesebre.

¿Sy es de comer manjar syn sal, o sy ay sabor en clara de hueuo? (*o si podrá alguno gastar lo que trae muerte*).

Que non quiere tañer la mi anima, ellos son angustia e dolor del mi manjar.

¿Quien diese que viniese la mi petición, e la mi esperança me cumplie se el Señor?

E ya quisiese el Señor que me acabase de matar, e soltase la su mano e taiaseme. Lo qual yo por consolación aueria que yo me affliguo con dolor, e non ha piadat, que non contradixe los sermones de santissimo Dios.» (2).

Casiodoro de Reina traduce: (3).

(1) *Biblia en lengua española, traducida palabra por palabra de la verdad hebraica por muy excelentes letrados...* Amsterdam 5421 (1661), página 1072.

(2) *Biblia (Antiguo Testamento), traducida del hebreo al castellano, por Rabí Mosé Arragel de Guadalfajara (1422-1453 ?), y publicada por el Duque de Berwick y de Alba. Tomo II, Madrid] Imprenta Artística-MCMXXII, pág. 692.*

(3) *La Biblia, qve es, los sacros libros del vieio y nuevo Testamento. Trasladada en español.* M. D. LXIX. [Ad loc.]

«5 ¿No gemirá el asno montés junto a la yerba? ¿Y bramará el buey junto a su pasto?

6 ¿Por ventura comerseha lo dessabrido sin sal? o ¿aurá gusto en la clara del huevo?

(1) 8 Quien me dicesse ^h que viniesse mi peticion, y que Dios me dicesse lo que esperó.

(2) 10 ^e Y (en esto) creceria mi consolacion, si me assase con dolor sin haber misericordia; no que haya contradicho las palabras ^f del Santo...»

Valera (3) introduce las siguientes modificaciones en la precedente versión de Casiodoro:

(4) «5 ¿Si gime el asno montés junto a la yerva? ¿si brama el buen junto a su ^b pasto?» Como se ve, corrigió con acierto a Reina, que proponía opuesto, y por lo tanto, falso sentido.

En el v. 6 omite la frase: *por ventura*; en el v. 8, suprimiendo el acento, que sin duda era errata de impresión, escribe: *espero*; y en el v. 10 sustituye el paréntesis por la letra cursiva al principio del v.: *Y en esto*, y además a la voz *dolor* añade esta nota marginal: *S. Dios*.

La edición de la Sociedad Bíblica de 1908, aparte de retoques en los demás versos, cambia por completo el v. 10 en esta forma: «Y sería aún mi consuelo, si me asaltase con dolor sin dar más tregua, que yo no he escondido las palabras del Santo». Esta traducción, sobre ser más filológicamente infundada, desvía el sentido de uno de los versículos más importantes para formar recto criterio sobre el ánimo de Job (5).

Fray Luis de León vierte así el v. 15, conforme al latín la primera mitad, y la segunda según el hebreo: *Mis hermanos me pasaron como arroyo, como avenida de arroyo me pasaron*. Asimismo en el v. 16: *Que temen la helada, y en ellos cae y se esconde la nieve*, en la primera mitad sigue a la Vulgata y en la segunda funde en una dos versiones, pues el latín dice

(1) ^h Heb. *mi esperanza*. [N. B.] Estas notas de Casiodoro de Reina y de Valera están impresas al margen, no al pie de la página.

(2) ^e Heb. [*Y sera aun mi &*]

^f O, sanctas. q. d. peccado contra la ley de Dios.

(3) *La Biblia. Que es, los sacros libros del vieio y nvevo Testamento. Segunda edición. Revista y conferida con los textos Hebreos y Griegos y con diversas traslaciones* por Cypriano de Valera. En Amsterdam. MDCII. Ad loc.

(4) ^b A estas preguntas la respuesta es: No.

5) Cfr. Knabenbauer, & ad loc.

cae, y el hebreo *se esconde*; y Fr. Luis, juntando las dos pone *cae y se esconde*. Y no es que en esos casos desconociera la fuerza del original, toda vez que en el comentario escribe (1): lo que decimos *me pasaron*, podemos también según su propiedad decir, *me faltaron y mintieron*, que es la traducción del hebreo. «Y dice *temer*, por *ennegracer y enturbiarse*, según la propiedad de su lengua». Efectivamente, la dicción hebrea significa ennegrecer o enturbiarse.

A continuación doy fielmente trascritos los doce primeros versículos de la traducción de García Blanco según el autógrafo del autor, economizando comentarios, que mejor se los harán los lectores.

«*Enajenóse* luego Hiyob y dijo: Ojalá se pesara bien mi *chasco*, y fuese en balanzas que a una levantaran. Que ya más que arena de los mares pesaría; y por eso mis palabras languidecen: que saetas del Omnipotente (superlativo) contra mí, cuya *quemazón sacia o azota* mi espíritu, *abatimientos* terribles me *coronan*. ¿Si rozará el *fiero* onagro sobre el prado? ¿Si mugirá el *toro* sobre el *ballico*? ¿Si se comerá insulso por falta de sal? ¿Si habrá gusto o manjar con caldo de *berdolaga*? Resístese a tocar mi alma estas cosas que son como achaques de mi comida. Quién diera conviniese mi petición (*sola*) y mi esperanza concediera Dios! y quisiera Dios, y me confundiera; *desatara* su mano y me abatiera! Pero habrá aún consuelo mío y saltaré de contento; no faltará que no reniego de sus santas palabras. ¡Qué esfuerzo mío por esperar y que extremo mío por entretener mi alma! ¿Si *cuajo* de piedra será mi cuajo? ¿Si mi carne será de bronce?»

Caminero en cambio, con más discreción y fidelidad traslada así estos mismos versículos:

Y Job respondió, diciendo:

¡Ojalá se pesase a lo justo mi queja,
y mi mal subiese en balanza juntamente!
En breve pesaría más que la arena del mar;
por eso mis lamentos fueron temerarios.
Que en mí se clavaron las saetas del Todopoderoso,
su veneno consume mi espíritu,
los terrores de Dios combaten contra mí.
¿Rebuzna el asno montés junto a la yerba?
¿muge el buey junto a su pienso?
¿Cómo se ha de comer sin sal lo insípido?
¿qué gusto hay en el caldo de verdolagas?

(1) *Biblioteca de Autores Españoles*, tomo XXXVII (*Obras del Maestro Fray Luis de León*). Madrid 1872, pág. 326.

Mi alma rehusa tocarlo,
 ello es el asco de mi comida.
 ¡Quién me diera se cumpliera mi petición;
 que Dios otorgue la esperanza mía!
 Que quisiera Dios aplastarme de una vez,
 extendiera su mano y me partiera.
 Y aun sería un consuelo para mí,
 gozara entre el dolor que no se aplaca,
 por no haber traspasado los mandamientos del Santo.
 ¿Cuál es mi fortaleza para esperar?
 ¿cuál mi fin para prolongar mi paciencia?
 ¿Es mi fortaleza la de las piedras?
 ¿es mi carne de bronce?

¿Quién no saborea las bellezas de la poesía bíblica en los siguientes fragmentos de la traducción de Caminero?

1.—*Lamentos de Job.*

¿Por qué desde el vientre no expiré,
 no perecí al salir de las entrañas?
 ¿Por qué me mecieron rodillas,
 y pechos por qué mamé?
 Pues ahora muerto descansara,
 y en mi sueño reposaría;
 Con los reyes y grandes de la tierra,
 que se construyen mausoleos;
 O con los próceres que rebosan de oro,
 que llenan sus casas de plata;
 O como aborto clandestino no subsistiera,
 como los niños que no vieron la luz.
 Allí (1) los perversos dejan sus fechorías,
 allí descansan los de cansadas fuerzas.
 Allí los cautivos viven todos tranquilos,
 y no oyen la voz del capataz.
 Allí están el pequeño y el grande,
 y el esclavo, libre de su señor.
 ¿Para qué dar al miserable luz,
 y vida a corazones llenos de amargura?
 Que esperan la muerte y no llega,
 que la buscan más que a los tesoros;
 Que se gozan hasta el júbilo;
 se regocijan al encontrar el sepulcro? (III, 11-22).

(1) En la región de los muertos.

2.—Elogio de la sabiduría.

Mas la sabiduría, ¿dónde encontrarla?;
¿cuál es el lugar de la prudencia?
No conoce el hombre su valor,
ni se halla en la tierra de los vivos.
El océano dijo: «No está en mí»,
y dijo el mar: «Ella no está conmigo».
No se dará oro fino a cambio de ella,
ni plata se pesará por precio suyo.
No se pondrá en balanza con oro de Ofir,
con ónique precioso ni zafiro...
Ocúltose a los ojos de todo viviente,
y a las aves del cielo fué velada.
La perdición y la muerte dijeron:
«A nuestros oídos ha llegado su fama».
Dios es el que conoce sus caminos,
y El sabe su morada...
Y dijo al hombre: «El temor de Dios, esa es la sabiduría;
apartarse del mal, esa la inteligencia» (Del cap. XXVIII).

3.—Job en la prosperidad.

¡Quién me diera volver a los tiempos pasados,
a los días en que Dios me protegía!...
Cuando el Omnipotente era conmigo,
y mi familia alrededor de mí;
Cuando mis pies lavaba con manteca,
y la piedra fluía en mi casa piélagos de aceite;
Cuando salía a las puertas de la ciudad,
y en el foro erigían mi silla.
Los jóvenes al verme se ocultaban,
los viejos se levantaban, y quedaban de pie.
Los nobles contenían la palabra,
y ponían la mano en la boca.
La voz de los caudillos se callaba,
y su lengua se pegaba al paladar.
El oído que me escuchaba me apellidaba feliz,
y el ojo que me veía era en favor mío...
Decía yo: «En mi nido moriré,
prolongaré mis días cual la arena.
Mi raíz, extendida hasta las aguas,
y en mis ramas pernoctará el rocío.
Mi gloria se renovará conmigo,
y se fortalecerá mi arco en mis manos» (Del cap. XXIX).

4.—*Teofanía.*

Entonces Jehová respondió a Job de en medio de la nube tempestuosa, diciendo:

¿Quién es este que empaña mi consejo,
con discursos sin prudencia?
Cíñe tu cintura (1) como varón,
yo te preguntaré, y enséñame.
¿Dónde estabas al fundar yo la tierra?
Indícalo, si tienes inteligencia.
¿Quién determinó sus dimensiones? ¡tú lo sabes!
¿quién extendió sobre ella cordel?
¿Sobre qué descansan sus cimientos,
o quien asentó su piedra angular;
Entre las aclamaciones de los astros matutinos,
y el regocijo de todos los hijos de Dios?
¿Quién cerró con diques el mar,
cuando impetuoso salía de madre?
Al ponerle yo las nubes por vestido,
y al nublado por pañales suyos;
Cuando le imponía yo mi ley,
y le ponía puertas y cerrojos;
Y díjele: «Hasta aquí vendrás, no pasarás,
y ahí se romperá la soberbia de tus olas»...
¿Bajaste tú hasta las fuentes del mar,
o visitaste las profundidades del abismo?
¿Se abrieron ante tí las puertas de la muerte,
o las puertas del negro abismo viste?
¿Has contemplado la amplitud de la tierra?
muestra todo esto, si lo sabes.
¿Dónde está el camino de las moradas de la luz?
y las tinieblas ¿cuál es su lugar?
¡Tú, sin duda, las conduces a su término,
y distingues las sendas de su casal
¡Lo conoces, pues ya habías nacido,
y es muy grande el número de tus días!
¿Entraste en los tesoros de la nieve?
¿viste los almacenes de granizo;
Que reservé para el tiempo de la angustia,
para el día de guerra y de batalla?...
¿Quién repartió conductos a las aguas,
y abrió camino al rayo de los truenos?
Para hacer llover sobre tierra desierta,
sobre desiertos en que no hay hombre alguno;

(1) Prepárate.

Para empapar las áridas llanuras,
y hacer brotar la verde yerba.
¿Tiene padre la lluvia?
¿quién engendró las gotas de rocío?
¿De qué seno ha salido el hielo?
y la escarcha del cielo ¿quién la engendró?
Desparecen las aguas, hechas como piedras,
y se congela la superficie del mar.
¿Atas tú acaso los lazos de las pléyades (1),
o desatas las ligaduras del orión?...
¿Alzarás tu voz hasta las nubes,
y aguas abundantes te cubrirán?
¿Enviarás los relámpagos, e irán,
y te dirán: Aquí nos tienes?»

Creo que estos trozos son más que suficientes para apreciar el mérito de la nueva versión. La cual estuvo ya preparada para la imprenta y laudatoriamente censurada por la autoridad eclesiástica en 1876; destinada de nuevo para ver la luz pública en 1892 y enriquecida entonces con la advertencia preliminar del polígrafo montañés; pero por causas que ignoramos, en ninguna de las dos ocasiones realizó su intento. ¿Será ahora la vencida, a la tercera vez? Esperamos que sí, y que pronto podremos disfrutar de una elegante impresión de tan digno trabajo.

SANDALIO DIEGO.

(1) ¿Mantienes tú juntas las estrellas pléyades, y separadas las del orión?

